

Pedagogía y Saberes

Pedagogía y Saberes

ISSN: 0121-2494

pedagogiaysaberes@gmail.com

Universidad Pedagógica Nacional

Colombia

Larrahondo, Sor Inés

Asociación Casita de Niños para la investigación y promoción de la educación infantil del

Norte del Cauca y sur del Valle del Cauca –ASOCAS–

Pedagogía y Saberes, núm. 34, enero-junio, 2011, pp. 123-126

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=614064881010>

-
- Cómo citar el artículo
 - Número completo
 - Más información del artículo
 - Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Asociación Casita de Niños para la investigación y promoción de la educación infantil del Norte del Cauca y sur del Valle del Cauca –ASOCAS–

“Casita de Niños” Association for the research and promotion of children’s education in the North of Cauca and the south of Valle del Cauca –CASASSO–

Associação Casita de Niños para a pesquisa e promoção da educação infantil do norte de Cauca e sul de Valle del Cauca –ASOCAS–

Sor Inés Larrahondo*

* La autora es Licenciada y especializada en Educación. Hace parte del Proceso de reivindicación étnica de las comunidades negras de Colombia. Es fundadora de la Asociación Casita de Niños y directiva Etnoeducadora de la Institución Educativa de Suárez, Cauca. Además es catedrática del Programa de Licenciatura en Etnoeducación de la Universidad del Cauca y miembro activo de Integración Comunitaria, organización de base del corregimiento de La Balsa, dedicada al desarrollo de proyectos colectivos. En el 2010 fue distinguida como una de las mujeres afrocaucanas más sobresalientes en el campo de la educación.

Resumen

Se presenta la experiencia etnoeducativa Casita de Niños como un proceso pedagógico en el que desde la edad preescolar, niños y niñas se apropian de su identidad cultural y se reconocen como personas afrocolombianas. Tal proceso hace énfasis en los vínculos con la comunidad educativa y con su entorno físico y cultural. Asimismo, fomenta la investigación y promueve la educación infantil contextualizada.

Palabras clave

Asociación Casita de Niños, experiencia afroeducativa, educación preescolar, comunidad educativa, sistematización de experiencia.

Abstract

The ethno-educational experience “Casita de Niños” is presented as a pedagogic process in which, since preschool boys and girls appropriate their cultural identity and recognize themselves as Afro-Colombian people. Such process makes emphasis in the links with the educational community and its physical and cultural environment. In the same way, promotes research and contextualized children’s education.

Key words

“Casita de Niños” association, afro-educational experience, preschool education, educational community, systematization of experiences.

Resumo

Apresentamos a experiência etnoeducativa Casita de Niños como processo educativo em que, a partir da idade pré-escolar, as crianças reconhecem a sua identidade cultural e se vêem como afrocolombianos. Este processo enfatiza nas ligações com a comunidade educativa e seu ambiente físico e cultural. Também incentiva a pesquisa e fomenta a educação infantil em contexto.

Palavras-chave

Associação Casita de Niños, experiência afroeducativa, a educação pré-escolar, comunidade educativa, sistematização de experiência.

Fecha de recepción: 25 de marzo de 2011

Fecha de aprobación: 27 de abril de 2011

Acomienzos de la década de los años 70 en el norte del Cauca y en el sur del Valle del Cauca tuvo lugar un fenómeno de desarraigo territorial de la población negra, pequeños campesinos propietarios de la tierra. La expansión de los ingenios de caña de azúcar en ese territorio produjo transformaciones estructurales en el modo de vida de estas poblaciones. Tal proceso económico tenía como fin despojar a los pequeños productores rurales de sus predios, hecho que, con el paso de los años, dio como resultado la extinción de la economía tradicional de la zona y abrió las compuertas a un complicado fenómeno de migración y desarticulación de las familias extensas. Las condiciones de vida de los habitantes cambiaron en forma radical: pasaron de ser productores con un nivel alto de autonomía a asalariados de los ingenios azucareros. De igual modo, surgieron diversas dificultades: desintegración familiar, pérdida de los valores propios de estas comunidades —la solidaridad, el respeto y la integración comunitaria— y debilitamiento de la identidad étnico cultural.

Las madres y abuelas, al tener que salir a trabajar como jornaleras en las que antes fueron sus tierras o empleadas del servicio doméstico, dejaban a sus hijas e hijos pequeños al cuidado de hermanos mayores que aun eran de corta edad y quienes no podían prevenirlos de accidentes ni cuidar adecuadamente de su nutrición.

En 1979, en Villa Rica (Cauca) se creó la primera “Casita de niños” como una propuesta para el nivel preescolar de comunidades negras. Posteriormente, se replicó esta experiencia en la comunidad de Quinamayo –Jamundí, sur del Valle– y en La Balsa, municipio de Buenos Aires, y San Nicolás, municipio de Caloto –ambos situados en Cauca–. En el año de 1989 se creó la Asociación Casita de Niños como una respuesta a la problemática que se presentaba con los niños y las niñas de las comunidades rurales mencionadas.

Desde el año 1979, la Asociación Casita de Niños realizó en comunidades negras del norte del Cauca y sur del Valle un trabajo de educación formal y no formal que se adelantaba con niños y niñas menores de siete años; dichas actividades se realizaban con una jornada horaria de 7 de la mañana a la 4 de la tarde. Desde el inicio se involucró a padres de familia y a la comunidad en general, pues se consideró que, como proyecto comunitario de Etnoeducación afrocolombiana, debía tender a la unión y a la consolidación de todos los esfuerzos para el bienestar de las comunidades. Para ello se priorizaron cinco componentes específicos: respeto a la diversidad

étnica y cultural, protección del medio ambiente, historia de las comunidades, promoción de valores etnoculturales y fortalecimiento de la identidad.



En la actualidad, la Casita de Niños se reconoce como un proceso pedagógico que busca que los niños y niñas en edad preescolar se apropien y se reconozcan como personas afrocolombianas. Esta finalidad se hace posible mediante un proceso de valoración de sí mismos que supere las ideas negativas y estereotipadas que se han producido en relación con la gente negra; se pretende que ellos y ellas descubran y valoren las fortalezas, los rasgos positivos y bellos que, como grupo étnico tenemos, y que se han tratado de esconder. Cada una de las personas que hemos trabajado en este proceso tratamos de que se mejore la autoestima, que las personas como tal se acepten, se valoren, se respeten, se reconozcan, se quieran y que descubran en ellas sus potencialidades y capacidades. En consecuencia, el proceso Casita de Niños busca que, al interior de cada persona, se desarrollen esas capacidades y valores afrocolombianos para que pueda comprometerse consigo mismo y con el entorno inmediato.

Casita de Niños se ha construido a partir de aquello que se ha considerado lo mejor de cada uno de los modelos pedagógicos que hemos podido conocer. Sin embargo, no podemos afirmar que tengamos un modelo en particular o decir que nos orientamos por una u otra teoría. El colectivo ha tratado de concebir la pedagogía como un proceso que se hace pensando en el “ser” y que tiene en cuenta el aporte y el conocimiento que cada quien trae, así como sus expectativas en relación con el futuro. Se trata de un trabajo pedagógico que tiene en cuenta, al mismo tiempo, las individualidades; pues aunque pertenezcamos a un grupo étnico específico, los seres humanos dentro de las comunidades somos diversos. Por el contrario, se trata de educar a cada quien y al colectivo a partir de las potencialidades y dificultades individuales y

colectivas para que cada persona encuentre la ruta que lo encamine hacia lo que quiere ser y lo que quiere hacer. En el ámbito pedagógico procuramos un proceso educativo contextualizado que parta de valorar las propias potencialidades, pero que, a la vez, brinde herramientas para conocer lo propio y lo ajeno y, así, evaluar lo más conveniente.

El trabajo derivado de la anterior concepción se realiza con los estudiantes mediante recorridos por el territorio, visitas a los mayores y encuentros con la comunidad. Salimos a caminar con los niños a diferentes sitios para que conozcan y compartan la vida comunitaria. Se pretende que ellos aprendan, identifiquen y conozcan la historia que soporta nuestra identidad y den valor a lo que tenemos.

De igual manera, promovemos el encuentro intergeneracional; de este modo, quienes han vivido más, y conocen más, aportan su experiencia y sabiduría. Para ello se organizan encuentros y visitas a los mayores donde niños y niñas conforman el centro de la actividad. En especial porque se busca que conversen, pregunten y, de este modo, aprendan esa historia que no está escrita, pues reposa en la memoria de las personas mayores y que pueden compartir a través de su oralidad. En este proceso aprenden la maestra, los niños y las niñas, los padres y las madres de familia que acompañan estas visitas y, por supuesto, los mayores quienes, al recordar esa historia y narrarla, escuchan las inquietudes de los niños. De este modo, los recuerdos se nutren de la voz de quienes aprenden esa memoria.

Se considera, de igual forma, que el proceso educativo debe ir en concordancia con el sistema productivo de la comunidad. Por esta razón, se incentiva en los niños y en las niñas el amor hacia el trabajo agropecuario: se trata de un legado heredado de quienes empezaron el cultivo de esta tierra y propiciaron una economía particular en la comunidad. Para este proceso se cuenta con la granja donde se siembran algunas semillas y se realizan actividades de cuidado y cosecha de plantas alimenticias y medicinales. El trabajo se organiza de acuerdo con la edad de los niños, quienes realizan el proceso: preparación de la tierra y de las semillas, siembra, mantenimiento, riego de agua, limpia de hojas y tallos y cosecha.

En la cosecha, parte de los productos de la granja se utilizan para la alimentación ofrecida en la Casita de Niños. De acuerdo con la cantidad que se coseche, a cada niña y niño se le entrega una porción para llevarla a su casa; así disfrutan del resultado del proceso: participan activamente y proporcionan un alimento. Por ejemplo, si se siembra habichuela o tomate, se explica qué función cumple para la vida:

de esta manera se tratan aspectos nutricionales y medicinales, asuntos relacionados con el desarrollo en la vida comunitaria. Así, se le da mayor sentido a la educación, pues el mundo de la escuela en ocasiones trabaja en abstracto, con temas de difícil aprendizaje para esta etapa de la infancia. En especial cuando se considera que los niños y las niñas de estas edades necesitan experimentar, tocar, ver, oler, palpar y sentir para poder comprender y relacionar lo expresado por la maestra con la realidad. Se pretende superar la práctica de llevar la realidad al tablero mediante dibujos o láminas. Por el contrario, en este proceso los niños encuentran la posibilidad de experimentar cómo se siembra, cómo nace, crece y se utiliza una planta.

El aprendizaje vivencial se torna más efectivo en lo tocante a la importancia y al valor de producir comida, de recuperar nuestras fincas y tener la tierra. Lo anterior permite reconocer que si no tenemos la tierra no podríamos alimentarnos, sencillamente dejaríamos de existir. De igual modo, se realiza el trabajo ambiental en tanto que se hace énfasis en por qué se debe cuidar el medio ambiente, en la imperiosa necesidad de reforestar, en reconocer la necesidad de dar un manejo distinto a los residuos. En fin, se pretende reconocer que en el medio ambiente está la vida del ser humano; así, si no cuidamos nuestro entorno, estaríamos condenados a desaparecer.

Los procesos anteriormente señalados favorecen el trabajo pedagógico con los niños pequeños. Al refuerzo de estas ideas le siguen las actividades de la comunidad los fines de semana. Pero no se limita al periodo regular de clases, incluso en las vacaciones recreativas se encuentra una oportunidad para trabajar con los muchachos más grandes, con quienes ya están en la escuela. Se adelantan de manera conjunta ejercicios, talleres y dinámicas para reforzar y reivindicarnos en el proceso etnoeducativo.

Las estrategias de trabajo con la comunidad se encuentran orientadas al desarrollo de proyectos que permitan alcanzar una mejor calidad de vida. Muestra de esos proyectos es la capacitación permanente a padres de familia y maestros. Allí se dan pautas para la buena crianza de los niños, para prevenir y corregir situaciones de maltrato infantil y para mejorar las relaciones afectivas. A las familias involucradas se les invita a reflexionar sobre la importancia de producir para ellos mismos su alimento y a la vez conservar las condiciones medioambientales de tal manera que no se afecte el bienestar de las demás personas. Para materializar tales reflexiones se plantean alternativas productivas como las parcelas agroecológicas y los proyectos ambientales.

Casita de Niños reivindica a las personas de esta comunidad como afrocolombianos, que tiene grandes capacidades y potencialidades. La tarea consiste en hacer notar las posibilidades que tenemos como grupo étnico y, de este modo, lograr un proceso de reconocimiento de la misma comunidad, de sus líderes y personas destacadas. Proceso que redunda en la posibilidad de acercarse a quienes han contribuido a construir lo que hoy tenemos, a quienes han participado en una y otra dinámica; en fin, ahí radica el trabajo etnoeducativo: valorar los aspectos positivos que como grupo étnico tenemos y a partir de allí empezar a hacer un trabajo que permita que quienes conformamos estas comunidades recuperemos una autoestima y así participar, integrarse, vincularse, sentirse felices de lo que somos y aprovechar esa posibilidad.



El aporte que ha hecho Casita de Niños a la etnoeducación afrocolombiana puede considerarse importante: el proceso investigativo que se ha podido consolidar allí y aquello que nos ha permitido construir desde lo personal ha dado muestra de que, como proceso educativo, permite generar transformación en el ser humano. La experiencia se ha extendido a todos quienes participamos en ella; en especial, quien escribe la presente sistematización de experiencia quien se ha transformado a partir de lo vivido allí.

La Casita de Niños, de acuerdo con lo hasta ahora expuesto, permite contextualizar la educación, lo cual se constituye en una tarea urgente: la educación debe tener una mirada hacia el acontecer de la comunidad, hacia sus transformaciones y modificaciones de su estilo de vida. Más aún cuando se sabe que el actual modo de vida no es próspero y que desde ese proceso educativo nosotros podemos lograr la equidad. Una educación que forme hombres y mujeres conscientes de su realidad social; en otros términos, una educación que permita a cada quien reconocer cuál es su realidad y qué debe hacer para mejorarla,

para sostener o seguir cualificando ese tipo de cosas sin necesidad de tener que igualarse con otros seres humanos que tienen otras costumbres, otros intereses y otras perspectivas.

Existe, por demás, claridad en cuanto a que no se ha de pregonar que nuestra forma de vivir ha de ser como la viven en “X” o en “Y” parte. Por el contrario, se debe fijar la atención en aquello que la comunidad ha concebido y quiere para su vida; es decir, cómo concibe su desarrollo. El sentido se configura cuando desde procesos de Etnoeducación como el de la Casita de Niños se pretende alcanzar ese desarrollo vislumbrado por la comunidad y no cuando se pretende alcanzar cierto capital o una cierta potencialidad por encima de la vida de los demás. Se enfatiza que no es esa la búsqueda; ésta consiste en alcanzar condiciones de vida dignas para hombres y mujeres de las comunidades.

La metodología de trabajo y los contenidos se encaminan a desarrollar en los niños y niñas sus múltiples dimensiones: creatividad, criticidad, investigación, valoración de sí mismo, de las otras personas y de los demás seres de la naturaleza, costumbres y proyección de sus aspiraciones hacia el entorno social.

El proceso de formación de la comunidad está encaminado a desarrollar la personalidad y el fortalecimiento de los valores humanos y al fomento del respeto a la vida y a los demás individuos. La articulación a la vida comunitaria y social desarrolla, mediante la autogestión, la solidaridad y la participación frente a los diferentes procesos, actitudes positivas en las personas para asumir los cambios que la sociedad le presenta.

La valoración del aporte alcanzado por Casita de Niños se torna significativa en el marco de la definición de contenidos, metodologías e incluso en la producción de materiales. Se encuentran, entonces, unos insumos que pueden ser utilizados cuando se pretenda mostrar en la práctica cómo se pueden involucrar otros actores al proceso educativo. Así, la educación no está solo en manos de los maestros, pues como se demuestra estamos avanzando en la consolidación de una comunidad educativa. Y cuando se habla de una ‘comunidad educativa’ se entiende la participación de otros actores en el proceso educativo y de cómo en este proceso se busca transformar las condiciones de vida de todos aquellos implicados. Ese, precisamente, ha sido el accionar de Casita de Niños en sus casi 30 años de existencia.